



No es fácil ser adulto. Asimetrías y equivalencias en las nuevas infancias y adolescencias

Mariano Narodowski*

No es fácil ser adulto. Asimetrías y equivalencias en las nuevas infancias y adolescencias

Siguiendo una línea de trabajo que venimos desarrollando hace ya varios años, este artículo tiene como objetivo analizar los elementos constitutivos de la infancia moderna y comprender cuál ha sido el derrotero por el que, en la actualidad, las hipótesis de Neil Postman no sólo parecen confirmarse sino que, además, precisan de un programa de investigación mayor para comprender las consecuencias ulteriores del nuevo escenario. En primer lugar, se efectúa un repaso de autores clásicos en relación con el concepto de minoría de edad. En segundo lugar, se explica la lógica moderna del vínculo entre adulto y niño / adolescente con base en la heteronomía, la dependencia y la obediencia, delimitando el concepto de asimetría propio de la autoridad política a la autoridad adulta. Finalmente, se analizan los cambios en el ser adulto a la luz del advenimiento de culturas prefigurativas y la dilución de las diferencias entre adultos y niños que la modernidad había establecido.

Palabras clave: Infancia, adolescencia, adulto, minoría de edad, asimetría, autoridad, Neil Postman.

It is not easy to be an adult. The new childhoods and adolescences' asymmetries and equivalences

Following a course of work that we have been developing for several years, our goal in this article is to analyze the components of modern childhood, and to understand the way by which, currently, the hypothesis of Neil Postman not only seem to ratify themselves but also require a greater research program, in order to understand the consequences of new circumstances. Initially, this text examines the work of some classical authors who have considered the concept of minority of age. Next, it explains the modern logics of the bonds between adults and children/adolescents, based on heteronomy, dependency, and obedience, thus delimiting the concept of asymmetry— distinctive of the political authority to adult authority—. Finally, it analyzes the changes of the adult individual, in the light of the advent of prefigurative cultures, and the dilution of adult/children differences brought about by modernity.

Key words: Childhood, adolescence, adulthood, minority of age, asymmetry, authority, Neil Postman.

Ce n'est pas facile d'être adulte. Asymétries et équivalences dans les nouvelles enfances et adolescences

En suivant une ligne du travail que nous venons développant depuis plusieurs années, cet article a comme objectif d'analyser les éléments constitutifs de l'enfance moderne et comprendre quel a été le chemin par lequel à présent les hypothèses de

* Doctor en Educación, profesor titular de la Universidad Torcuato Di Tella, Argentina.
E-mail: mnarodowski@utdt.edu

Neil Postman non seulement paraissent être confirmées mais plutôt elles spécifient aussi un programme de recherche majeure pour comprendre les conséquences ultérieures du nouveau scénario. En premier lieu, une révision d'auteurs classiques est faite à propos du concept de minorité d'âge. En deuxième lieu, on explique la logique moderne du lien entre adulte et enfant/adolescent basé sur l'hétéronomie, la dépendance et l'obéissance, en délimitant le concept de l'asymétrie caractéristique de l'autorité politique à l'autorité adulte. Finalement, on analyse les changements dans l'existence de l'adulte à la lumière de l'avènement des cultures pré figuratives et la dilution des différences parmi adultes et enfants que la modernité avait établi.

Mots clés: *Enfance, adolescence, adulte, minorité de l'âge, asymétrie, autorité, Neil Postman.*

Neil Postman y algo más que un presentimiento

En 1982, el sociólogo estadounidense Neil Postman publicó su libro *The Disappearance of Childhood* (La desaparición de la infancia), el cual contenía una hipótesis a la vez provocativa e inédita en el momento en el que fuera formulada: el avance de la televisión como tecnología privilegiada para la transmisión de conocimientos y pautas culturales, genera una creciente equivalencia entre personas de diferentes edades, ya que el mensaje televisivo está configurado de manera tal que poco importa la posición biológica de los receptores. De este modo, la predominancia de la televisión (principal medio de comunicación en los Estados Unidos de Postman) habrá de borrar las fronteras entre niños y adultos, lo que conducirá a la desaparición de la infancia por saturación de mensajes; la televisión arrasa con todos los secretos y los misterios del mundo adulto y a todos —grandes y chicos, adolescentes y ancianos— se les es dado saber lo mismo (Postman, 1994).

La influencia que este libro ha venido ganando en medios académicos y no académicos es notable. Sólo para acercar indicios de este impacto, en marzo de 2011, el *Google Scholar* detecta 1.116 artículos y libros en diferentes idiomas que citan la versión en inglés. De ellos, el 50% son posteriores al año 2003; es decir, la mayor cantidad de referencias de un libro que ya lleva casi 30 años desde su primera edición, se agrupa en los últimos 8 años (*Google Scholar*, 2011).

Este fenómeno no sólo muestra la enorme fecundidad del pensamiento de Postman y cómo su obra es redescubierta o releída cotidianamente, sino que, además, marca la preocupación y muchas veces la desorientación por un fenómeno que ocupa un lugar cada vez más importante en los debates sociológicos contemporáneos: los cambios en el estatus de la infancia moderna y las predicciones respecto de su extinción.

En la vida cotidiana y en los medios de comunicación con frecuencia se enuncian frases del tipo “los chicos saben más que los adultos” o “los alumnos superan a los maestros en algunos dominios del conocimiento” o incluso “los padres ya no saben cómo educar a sus hijos”. La alarma que produce este escenario suena sin cesar y las respuestas son variadas:

mientras en los años cincuenta y sesenta del siglo xx la preocupación de psicólogos y educadores era liberar las ataduras que constreñían a hijos y alumnos (Spock, 1946), hoy la escena mediática está ocupada por quienes reclaman una vuelta a las tradiciones más conservadoras en la crianza, como modo de restaurar el mundo perdido (Chua, 2011).

El estatus de la infancia es fuente de análisis en el plano de la tecnología y sus usos; en el plano jurídico respecto de la edad límite de la imputabilidad penal y, por el lado contrario, las consecuencias en diferentes dimensiones de su caracterización como “sujeto de derechos”. Pero también en el plano del consumo, respecto de la centralidad de los niños y los adolescentes como consumidores y el rol de la publicidad. Y, no menor, en el plano pedagógico: las dificultades para fijar a los alumnos en las escuelas a la manera tradicional y los nuevos problemas de violencia escolar. Todo lo de la infancia es discutido y si antes el misterio era guardado celosamente por los adultos, ahora son ellos los que creen ver, en las nuevas infancias, la llave para comprender los cambios sociales actuales (Rushkoff, 1999).

Siguiendo una línea de trabajo que venimos desarrollando hace ya varios años,¹ este artículo tiene como objetivo analizar los elementos constitutivos de la infancia moderna y comprender cuál ha sido el derrotero por el que en la actualidad las hipótesis de Neil Postman no sólo parecen confirmarse, sino que, además, precisan de un programa de investigación mayor para comprender las consecuencias ulteriores del nuevo escenario.

La infancia, esa carencia esencial

En un opúsculo clave en el pensamiento de Immanuel Kant, *Qué es la ilustración*, de 1784

(Kant, 2001), el autor despliega un conjunto de razonamientos destinados a definir cómo se produce la salida del ser humano del estado de minoría de edad; es decir, el momento en que los hombres y las sociedades ya no dependen de otros, ya no están bajo la tutela de otros, sino que serán capaces de conducirse por sí mismos.²

Como ya hemos analizado en otro artículo reciente (Narodowski, 2011b), este trabajo será determinante en la cosmovisión kantiana de las sociedades, pero es también insoslayable en la tarea de comprender el nuevo estatuto de la infancia en la modernidad. Para Kant, esta minoría de edad no es una condena a la que destinen a las personas, sino un estado perfectamente distinguible y que marca una enorme diferencia con la tradición previa: la infancia ya no será un mero contrato entre el padre poderoso y el hijo vulnerable, como lo había distinguido la tradición filosófica previa, representado por el pensamiento de Thomas Hobbes en *Leviatán* (1984).

En el conjunto de la producción pedagógica de los siglos xvi y xvii, la infancia será vista como un grado previo en la evolución humana hacia la adultez, en las que las características adultas son minimizadas y desvalorizadas en una caracterización de niño como “hombre pequeño”. Al contrario, a partir de ese texto de Kant, se va a dar lugar a una concepción que comprende estas distinciones como diferencias de esencia y no simplemente de grado; esencia con sus leyes y sus lógicas propias, tal como fuera desarrollado en esta línea primero por Jean-Jacques Rousseau y luego por la denominada escuela de Ginebra: Edouard Cleparède y Jean Piaget.

En otro estudio ya hemos tratado de dilucidar en qué consiste esta esencia propiamente

1 Entre otros trabajos, véanse Narodowski y Baquero (1994) y Narodowski (1999).

2 En este caso, también somos tributarios del pensamiento y la interpretación de Michel Foucault, “Clase del 5 de enero de 1983”, en: *El gobierno de sí y de los otros* (2009).

infantil.³ A diferencia de Hobbes, la minoría de edad no implica para Kant un estado de dependencia “natural” ni la privación forzada de los derechos por una autoridad ilegítima. Al contrario, la infancia supone una forma de dependencia en la que hay un otro (el denominado “Director”, en la obra de Kant) que maneja los diferentes planos del universo decisional y al que se le confiere en este vínculo el lugar de la autoridad: el adulto. Nuestra cultura moderna y occidental confía la determinación de la conducta infantil no en la propia infancia, sino en aquellos mayores de edad que tienen la capacidad de decidir.

Este vínculo entre el niño y quien habrá de dirigirlo está contenido, pues, en el registro de la diada autonomía-heteronomía. Suponemos al menor de edad incapaz de construir una ley propia y, por tanto, determinamos que es otro capaz el que va tomando decisiones por él, bajo la explicación del cuidado o la protección de quien denominamos *menor de edad*: lo protegemos de otros que pudieran aprovecharse de su heteronomía, pero sobre todo los cuidamos de sí mismos, de su incapacidad para tomar decisiones que fortalezcan un destino posterior e incluso menos ambiciosamente, que de manera directa pongan en juego su propia sobrevivencia física.

Como puede concluirse, la infancia fue definida por la pedagogía de la modernidad como una suerte de discapacidad (Narodowski, 2011b), que posee dos dimensiones: por un lado, una discapacidad operativa (no poder ciertas cosas) y necesitar de otro para operarlas; por otro lado, una discapacidad epistémica (no arribar a la comprensión cabal de ciertas cosas) y necesitar de otro para pensarlas. Ambas dimensiones están entrelazadas y articuladas en la constitución de la verdadera discapacidad, la discapacidad superior: disca-

pacidad moral de no atinar a determinar por sí mismo qué es lo bueno y qué no lo es, necesitando para esto de otro que así lo haga.

Al otro no infantilizado de las relaciones interculturales de la modernidad lo denominamos *adulto* y quien ocupa ese lugar es quien asume la guía hasta que el menor de edad se apropie de la capacidad autónoma, esto es, se convierta en un mayor de edad, en un par, un igual de quien lo formara.

Obediencia para la emancipación

La identificación del ser infantil como correlato de una discapacidad operativa, de una discapacidad epistémica, pero sobre todo de una discapacidad moral, tuvo en estos últimos dos siglos y medio diferentes formas históricas al amparo de épocas y discursos que fueron marcando qué es lo que un niño debe y qué es lo que no debe hacer, y cuál debe ser la función adulta en el tránsito de la infancia a la adultez. No es nuestra intención, ni está en la medida de nuestras posibilidades, analizar épocas y discursos, y remitimos al lector a la ingente bibliografía al respecto.⁴

Pero lo que no siempre se advierte de manera debida es que en todo este trayecto complejo y heterogéneo también se ha discutido —recíproca y la mayoría de las veces implícitamente— quién es el adulto verdaderamente capacitado para lidiar con la impotencia, la ignorancia y la heteronomía infantil. Así, surgieron diferentes figuras protagónicas de la adultez: primero el padre, la madre, el educador y la educadora, el sacerdote, el policía. Más tarde el psiquiatra, el pediatra, el psicólogo, el psicoanalista. Últimamente, el psicopedagogo, el neurólogo, el asistente social; aunque también el conductor de programa de TV,

3 Para un análisis in extenso de las relaciones entre infancia, pedagogía y escuela nos remitimos a Narodowski (1994).

4 Para situar correctamente la discusión, remitimos al lector al ya clásico artículo de Adrian Wilson “The infancy of the history of childhood: An appraisal of Philippe Ariès” (1980).

la estrella del *rock*, del *rap*, del *hip hop*, de la cumbia y otros áster ego paternas surgidos en el brillo del llamado *show bussines*. Todos personajes centrales, voces que invocando registros teóricos diferenciados buscan, por caminos diversos, legitimar el enunciado de las posibilidades y los límites de la infancia: pastores adultos de un rebaño pueril que debe ser guiado por su propio bien.

La dependencia infantil, dada por la determinación de su discapacidad, necesita un faro al que remitirse, al que alinearse, ya que su propio trámite es inviable: el autogobierno es propio de los adultos y solamente será admitido en los niños en dosis "adecuadas" al momento de su desarrollo, como una estrategia adulta más que contribuya a su formación, pero apenas se lo puede tomar en serio. La adecuación de estas dosis de autogobierno a cada etapa de la infancia y de la adolescencia estará determinada por cada uno de los registros teóricos mencionados en el párrafo anterior (y por sus diferentes *sub philum* y especies pedagógicas y psicológicas) y por los momentos históricos que los van configurando.

Mientras tanto, o sea, mientras transcurre la infancia, el vínculo entre el niño y el adulto es de carácter asimétrico, ya que las responsabilidades de cada parte, lejos de ser equivalentes, son opuestas: el adulto es responsable por el niño, porque en éste se haya la incapacidad moral de llevar adelante su vida por sus propios medios, sin ponerla en peligro y sin hacer peligrar a otros.

La asimetría entre adulto y niño supone que el vínculo entre ambos no lo es entre iguales, sino al contrario. El adulto tiene cargas y responsabilidades que el niño no posee, aunque éste tenga las suyas, diferentes a las del adulto y determinadas por él. Este vínculo asimétrico tiene su demarcación definitiva desde el momento en que el responsable final sobre vida, muerte y bienes de quien está en minoría de edad no es el propio niño, sino el adulto: las diferentes estrategias, territorios

y contingencias por las que el vínculo adulto niño puede atravesar están supeditadas al cuidado de aquél respecto de éste. Es verdad que cuanto más pequeño es el niño menos responsable es de sus actos, pero incluso en los umbrales mismos de la mayoría de edad, la responsabilidad adulta es ineludible, así como su contracara, la inimputabilidad de los menores de edad respecto de toda conducta que pueda ser considerada "adulta".

La evidencia experimental que la psicología ha reunido en los últimos años avala la existencia de estos vínculos asimétricos entre adultos y niños / adolescentes como relaciones intersubjetivas constitutivas del desarrollo humano. En el caso de Jaan Valsiner, por ejemplo, las relaciones sociales implican relaciones de poder de carácter evidentemente jerárquico, en las que el niño es introducido por adultos que poseen, en su vínculo con aquellos, una "posición dominante" en términos de una relación asimétrica. Desde esa posición, la actividad humana se vuelve significativa y se comparte entre adultos y niños, siempre en el contexto de la lógica asimétrica de su interacción (Valsiner, 1994).

Por eso, la práctica última esperada del comportamiento de la infancia moderna es la subordinación a la autoridad adulta; o sea, la obediencia: es ella la que operativiza, en términos sociales concretos, las asimetrías propias del vínculo entre grandes y chicos.

En la cultura moderna occidental esperamos que los niños obedezcan como respuesta funcional a su incapacidad para sostenerse por sí mismos. Es decir, no se trata de una visión de la obediencia como reacción a un mando adulto natural, a una autoridad eterna: ésta era la visión premoderna, la que se diluye a partir de las visiones que, como la kantiana, ven en la minoría de edad un tránsito a la autonomía. La obediencia será ahora un instrumento propio de una relación asimétrica en la que se determina que uno de los miembros se encuentra en condiciones de precariedad

para encarar la vida por sí mismo y, por lo tanto, precisa hacer lo que el otro —adulto— le indique por su propio bien. No por el bien el adulto, sino del niño / adolescente; no para siempre, sino hasta que pueda gobernarse en forma autónoma, sin que supongamos que se pone en peligro a sí mismo y a otros.

Es verdad que entre nosotros, hoy por hoy, la palabra “obediencia” tiene muy mala prensa: remite casi invariablemente al terreno del autoritarismo, y su concomitancia lexical nos es profundamente ingrata, puesto que nos retrotrae de inmediato al territorio del “dominio”, del “mando”, del imperio de la superioridad inherente por sí misma. Por motivos sobre los que no profundizaremos aquí, nuestra sensibilidad es reacia a aceptar que los adultos tengan altos grados de disponibilidad respecto de niños / adolescentes y que ellos sean subalternos respecto de aquellos. Lo que hace no mucho tiempo era más o menos obvio (que los hijos y los alumnos debían sujetarse a sus padres y maestros, y éstos debían, a su vez, cuidarlos y protegerlos, incluso a pesar de ellos mismos), hoy es sospechoso de despotismo, autoritarismo y de atentar contra los derechos de niños y adolescentes.

En este sentido, una —entre tantas— respuesta a la posición de Valsiner resumida en algunos párrafos más arriba, condensa muchas de las precauciones que hoy prevalecen en los ámbitos de reflexión pedagógica, psicológica y jurídica frente a la postulación de la existencia de asimetría y obediencia en el vínculo entre adulto y niño como constitutivas e inherentes a él. En ella se señala que

Valsiner habla de asimetría, pero habría que hablar de desigualdad porque en el terreno social la asimetría se traduce en dominación, en tensión [...] La asimetría social comporta desigualdad, la transmisión cultural se da a través del discurso pero también a través de los hábitos, los gestos y las acciones que significan sin intención de significar (Teberosky, 1994: 166).

Para este punto de vista —muy frecuente en medios pedagógicos— toda relación asimétrica implica *desigualdad*, en el sentido más restrictivo del término: una suerte de violación del principio general de igualdad frente a la ley o de vulneración de la igualdad de oportunidades propia de toda sociedad democrática. Por eso, para esta crítica, la asimetría no solamente implica “dominación”, sino incluso comporta “tensión”, propia de situaciones opresivas. La asimetría, y su consecuencia operativa, la obediencia, vendrían en este punto de vista a manifestar formas injustas de desigualdad (entre adulto y niño), lo que llevaría a la imposibilidad de construir consensos o de compartir significados entre unos y otros.

Como bien advirtiera Ricardo Baquero, esta visión ingenuamente “igualitarista” de la relación entre adulto y niño / adolescente se da sobre todo en los análisis respecto de la educación escolar y el rol de los maestros. Se proyecta un escenario ideal en el que en la buena educación todo se logra por el consenso y por una suerte de voluntad soberana de las partes:

Algo así como si la *buena enseñanza* fuera aquella que produce una comunicación sin ruidos o la construcción de significados compartidos sin reparar en el carácter inherentemente asimétrico de las interacciones docente-alumnos de las prácticas escolares y de las concebidas en la propia noción de ZDP [zona de desarrollo próximo], al menos cuando es referida a la escolarización (Baquero, 2001: 34).

Sin embargo, la obediencia propia de la relación asimétrica entre adulto y niño o adolescente no es en lo absoluto dominio si es que el objetivo esperado de ese vínculo (y éste es el aporte de Kant en la mudanza civilizatoria respecto de la vieja etiología de la infancia) no es la naturalización y posterior coagulación de la dependencia del niño al adulto, sino el lograr que el dependiente sea un (adulto)

independiente y que el heterónimo sea un (adulto) autónomo. En otras palabras, la modernidad anclada en nuestra cultura occidental busca paradójicamente que, por medio de la obediencia, la discapacidad se disuelva y la persona pueda desplegar autónomamente todas sus acciones, sin peligro para sí mismo ni para otros: cuanto más obedezca el niño, más autónomo será el adulto.

El dominio, por el contrario, implica la sujeción del otro asimétrico a las reglas del más poderoso, sin las posibilidades de la emancipación, en tanto persona autónoma que nos prometiera la modernidad: en el proceso moderno de infantilización, la obediencia supone una direccionalidad de la conducta tendiente a que la infancia asuma, de manera creciente, más y más responsabilidades adultas, hasta el punto de no necesitar obedecer. A la inversa, el dominio es el imperio del aquí y el ahora: su mando no tiene más dirección que la sumisión y cada orden promulgada no solamente no tiende a la autonomía, sino que supone la propia autorreproducción del dominio, en donde la incondicionalidad respecto del que manda nunca puede cejar.

Es en este punto donde diverge el concepto de *autoridad* en un sentido político y el vinculado a la relación entre adultos y niños / adolescentes. Desde los trabajos clásicos de Max Weber en adelante, el dominio es parte central de la autoridad en cada una de sus manifestaciones (Weber, 1969), pero el fin último de la misma es la reproducción ilimitada de la obediencia y el logro de que el dominio y su consentimiento (es decir, la legitimación de la autoridad) pervivan sin mayores fisuras o grietas. El concepto kantiano de *minoría de edad*, como vimos al principio de este trabajo, opone a esta obediencia la posibilidad virtual de autonomía por quien hoy obedece, como cometido esencial de la propia existencia de la autoridad. Es por este motivo que no parece conveniente yuxtaponer teóricamente el concepto weberiano de *autoridad* con el concepto de *autoridad adulta*: ambas asimetrías se

corresponden con dos regímenes históricos y discursivos diferenciados.

En virtud de este entramado complejo y por momentos ambiguo, en el que conviven la obediencia y la emancipación (o, mejor dicho, en el que existe un cierto tipo de obediencia que conlleva desde su propia existencia la marca de la exterioridad de la intención de emancipación), es que Philippe Ariès (1986) caracterizara a este tipo de asimetría, hace unas pocas décadas, como “sentimiento bifronte” de infancia: una de las caras de este sentimiento es el cuidado y la protección de los niños a partir del reconocimiento de su vulnerabilidad, acciones que generan cariño y sentimientos de amor difícilmente identificables en vínculos entre adultos. Pero su contracara en este fenómeno bifronte es la responsabilidad por la severidad: decir que no a tiempo y ocupar de manera eficaz los lugares adultos: el del poder, el del saber y la ley moral que delimita en el desarrollo de la infancia aquello que debe ser cuidadosamente respetado. Esa bifrontalidad es la que a veces confunde severidad con dominación (en el sentido de Weber), y ese cuidado, protección y cariño hacia hijos y alumnos es lo que suele confundirse con equivalencia entre adultos y niños.

Será por eso que ya desde el sugestivo título de su libro: *No es fácil amar a los hijos*, Georges Snyders (1981) indaga estos entreverados laberintos de cariño y severidad, en una combinación difícil de sopesar en sus dosis adecuadas y no incurrir en extremos que pudieren complicar el tránsito a una autonomía plena.

La asimetría entre adultos y niños / adolescentes es la que permite dotar de sentidos determinados a la emancipación ya como adulto, pero no como cualquier adulto, sino a imagen y semejanza del “modelo” al que fuera subordinado. La operatividad de la asimetría permite alcanzar el ideal del adulto “modelo” (esto es, convertirse en adulto autónomo). Por eso, más que soportar la ley adulta, la moderni-

dad proclamaba que los niños / adolescentes tenían derecho a la ley adulta: único camino a su propia autonomía, a la construcción de su propia ley. Para diversas corrientes pedagógicas y psicológicas, el *no* adulto es un pilar constitutivo central de la personalidad.⁵

La existencia de la asimetría como configuración básica del vínculo entre adultos y niño / adolescente, por lo tanto, demuestra que para que exista la infancia y ésta se halle ubicada en el lugar de una discapacidad moral que subsuma discapacidades operativas y epistémicas, es necesario que exista un adulto: un otro claro y distinto, con capacidad de ir rellenando aquellos ámbitos discapacitantes con acciones que, por un lado, cuiden y protejan y, por otro, tiendan a dotar herramientas para arribar a la autonomía y, por lo tanto, a la dilución futura de ese otro; al momento en que la relación de asimetría entre adulto y niño / adolescente se sustituye por una relación de equivalencia entre adultos que se reconocen recíprocamente como iguales.

Hoy no es fácil ser un adulto

La precondition *sine qua non* para la existencia de una infancia moderna que —dependiente y heterónoma— se subordine al mundo adulto y, recíprocamente, de una adultez moderna que ocupe el lugar del saber y de la ley, con capacidad de cuidar, de amar y de decir no, es la existencia de lo que Margaret Mead denominara, en su clásico libro *Cultura y compromiso*, “cultura posfigurativa” (1977). Una estructura en la que los jóvenes se forman con los viejos, ya que son éstos los que se gobiernan, los que marcan el camino del

devenir de la sociedad en que se vive y la sociedad así lo acepta.

La legitimidad adulta de la cultura posfigurativa es consecuencia de la acumulación de experiencia y conocimiento por los mayores. Sociedades en las que el enorme monto de experiencia acumulada a lo largo del tiempo permite tener una visión más lúcida de la realidad y, por ende, tomar las decisiones correctas para con un futuro que no debe ser demasiado diferente que el pasado. En la cultura posfigurativa la experiencia es la fuente de legitimidad y el instrumento para reproducirla y reforzarla. El mero paso del tiempo es el que, obviamente, permite su acumulación, por lo que a mayor edad, mayor experiencia, mayor legitimidad en la toma de decisiones: la ecuación típica de toda cultura posfigurativa.

En este contexto, en las culturas posfigurativas la subordinación de las jóvenes generaciones a las generaciones mayores resulta percibida como natural e inherente por sí misma, toda vez que los viejos saben más y pueden más, por el hecho de ser viejos.⁶ Vivieron más y, en ese sentido, toda nueva experiencia por la que atraviesa un niño o un joven es una experiencia necesariamente ya vivida por un mayor, al menos en el sentido que la cultura le adjudica. El tiempo en la cultura posfigurativa tiene, en consecuencia, dos características nodales: es lineal y, por tanto, es acumulativo. La antigüedad social de las personas comporta un relevante capital que se acumula de manera lineal en el transcurso de sus propias vidas y que es referenciado cotidianamente en el respeto y hasta en la devoción hacia los más grandes: sociedades que veneran a los viejos y sus

5 Este punto ha sido particularmente controversial en la tradición psicoanalítica y merecería un capítulo aparte. Véase Winnicott (1960).

6 “El primer cuidao del hombre
Es defender el pellejo
Llévate de mi consejo,
Fíjate bien lo que hablo:
El diablo sabe por diablo
Pero más sabe por viejo” (Hernández, 2008).

atributos: la sabiduría, las canas, las arrugas, las vueltas de la vida.

Ahora bien, el problema que se presenta en la actualidad consiste en el cuestionamiento a la autoridad adulta y, por ende, se presenta una crisis de legitimidad que trastoca a la vieja cultura posfigurativa. Ésta sólo se reproducía en contextos de cambios relativamente espaciados entre sí: en la medida que los paradigmas dominantes en una determinada sociedad permanecieran durante períodos muy prolongados, el formato de experiencias que es propio del paradigma es el que va a poder comprender, en forma eficaz, los diferentes fenómenos que se van sucediendo. Más todavía: quienes transcurrieron más tiempo de vida en el seno de esos paradigmas son los que podrán con más éxito avizorar cambios y assimilarlos de modo cabal: los adultos.

Por el contrario, cuando las sociedades mudan de manera constante sus paradigmas, como en nuestra actualidad, la experiencia deja de ser una herramienta útil para saber y poder el mundo. Al contrario, la formación experiencial en un determinado paradigma suele transformarse en una pesada carga cuando ese paradigma decae o es socialmente cuestionado. En esos casos, son los que no tienen su experiencia cimentada en los nuevos y mutantes paradigmas emergentes quienes están en mejores condiciones para resolver los nuevos problemas que se van presentando: paradójicamente, la inexperiencia resulta, en estos casos, la mejor experiencia posible. La figura de nuestra época es el experto sin experiencia.

Esto es lo que sucede en lo que Margaret Mead denomina *culturas prefigurativas*. Al contrario de las culturas posfigurativas, los cambios vertiginosos en un determinado escenario social son los que establecen una forma diferen-

te en el intercambio intergeneracional: serán ahora los niños y los jóvenes los portadores de bienes culturales valiosos, ya que su dominio de acciones y discursos fue configurado en la nueva situación.

Ésta es la característica de los tiempos actuales, como lo han señalado diferentes autores adscriptos a diversas posturas teóricas.⁷ Nosotros mismos, hace ya muchos años, hemos advertido que en campo de la pedagogía y sus disciplinas conexas es necesario revisar el significado moderno de "infancia" (Narodowski y Baquero, 1994), ya que su desarrollo parece más bien propio de culturas posfigurativas, lo que hace necesaria su conceptualización en el contexto de culturas prefigurativas.

En otras palabras, estos cambios hacen que las infancias / adolescencias ya no sean las mismas.⁸ La idea de niño dependiente, obediente y heterónimo, construida pacientemente a lo largo de varios siglos, es cuestionada por la valorización de la infancia, de lo joven, de la inexperiencia de las generaciones jóvenes. Ser joven, incluso ser niño o adolescente, ya no supone una carencia que va a ser saldada por la correcta acción formativa adulta a través del paso del tiempo, sino que constituyen atributos positivos tanto en ellos como, y esto muy especialmente, en los adultos que ahora intentan lograr una fisonomía exterior, un lenguaje, unos gustos estéticos asimilables a los de los más jóvenes.

Así, la infancia, la minoría de edad, ya no supone una discapacidad, sino un punto de referencia que debe ser valorado y considerado: la infancia ahora es, cuanto mucho, una "capacidad especial". Un período de la vida al cual, incluso, se le asigna un conjunto de derechos especiales que deben ser respetados a rajatabla: el niño pasó, en los últimos cuarenta años, de ser el lado vulnerable de una

7 En los extremos del debate podemos citar a Daniel Bell, *The Cultural Contradictions of Capitalism* (1996) y a Jürgen Habermas, *Legitimation Crisis* (1980).

8 Una visión más extensa de esta cuestión ya la hemos planteado en Narodowski (1999, 2005).

relación asimétrica —y, por ende, susceptible de cariño y severidad, como se vio antes— a constituirse en un sujeto de derecho no equiparable aún al adulto, aunque la disposición mundial a la baja en la delimitación de la edad legal de la mayoría de edad tienda a la equiparación.

Por su parte, los niños parecen no anhelar con desesperación formar parte del mundo de los adultos y la adolescencia, ya no semeja una edad conflictiva de la que hay que huir rápidamente. Por el contrario, son los adultos los que quieren parecerse a los más chicos: el ideal mediatizado de la cultura occidental es poseer un cuerpo virgen de paso del tiempo y libre de aquellos elementos que otrora identificaban el poder adulto: arrugas, canas, vueltas de la vida. Los adultos prefieren usar ropas que los identifiquen con la minoría de edad, hablar en su jerga, imitar sus rasgos y simular su *onda*.

Los vínculos de los más jóvenes con los adultos ya no son netamente asimétricos, como antaño, sino que van haciéndose más y más equivalentes, toda vez que el saber y el poder de niños y adolescentes se identifican en forma creciente (aunque no definitiva) con el de los mayores. Incluso, en algunas áreas de la vida social y cultural son los mayores los que se subordinan a las pautas instaladas por los menores, produciéndose situaciones en las que corresponde inquirir acerca de quién ocupa el lugar de la discapacidad.

Esta visión de la infancia posdiscapacidad implica una creciente horizontalización del vínculo entre grandes y chicos, lo que presupone, como en toda relación social entre equivalentes, la intercambiabilidad de los roles: la lógica jerárquica propia de la etapa premoderna dio lugar a una jerarquía pasajera pro-

pia del concepto de *asimetría* aplicada a la relación entre el niño y el adulto. Pero el declive de toda noción jerárquica arrastra también a la vieja asimetría kantiana y rousseauniana, y convierte a los polos de la misma en elementos más cercanos, continuos unos con otros, intercambiables.⁹

Por eso, las dificultades para instalar discursos legitimantes respecto de la subalternidad moral de los niños y los adolescentes, hace que la ley adulta, más que obedecida, sea constantemente cuestionada, revisada y, en muchos casos, vilipendiada con sornas y burlas. El límite moral ya no se obedece, sino que se busca “entre todos”, se consensúa, ya que el lugar del adulto no merece, en muchos casos, ni confianza ni respeto si no pasó por el tamiz y el visto bueno de su ex contraparte asimétrica.

Es obvio que la autoridad adulta no ha desaparecido. Pero, como hemos demostrado hace algunos cuantos años, su legitimidad debe ser corroborada continuamente y la mera presencia o acción adulta ya no resulta fuente ineludible de identificación. Por el contrario, sólo los ejercicios conscientes y en cierto modo nostálgicos de los adultos pueden contribuir a instalar asimetrías transitorias que necesitan siempre ser refundadas. Ya no es fácil ser un adulto.

Por supuesto que las diferencias entre adultos y niños no han sido borradas. Pero la lógica de su reproducción social ha mutado de modo extraordinario. De la infancia como discapacidad natural y adscripta a un mandato inmutable se ha pasado, en los albores de la modernidad occidental, a la minoría de edad como diferencia esencial heterónoma y en formación, que preanuncia el futuro de un adulto autónomo y capaz de autogobernarse.

9 “Las declamaciones burguesas sobre la familia y la educación, sobre los dulces lazos que unen a los padres con sus hijos, resultan más repugnantes a medida que la gran industria destruye todo vínculo de familia para el proletario y transforma a los niños en simples artículos de comercio, en simples instrumentos de trabajo” (Marx y Engels, 1984).

En la actualidad, la mutación operada muestra que uno de los principales operadores en el vínculo entre grandes y chicos es la negociación permanente, dada la compulsión adulta por escapar al conflicto (D'Angelo y Pozo, 2008) que pudiere suscitarse con posterioridad a la imposición de ciertos mandatos éticos que la heteronomía infantil no concibe construir, pero que en la actualidad carecen de legitimación para sostenerse, como en otras épocas, sin mayores apremios. La dilución relativa de la asimetría retrotrae necesariamente a estas metáforas del mercado que explican mejor la nueva situación: negociación, equivalencia, intercambiabilidad.

La negociación entre adultos y chicos permite mitigar el peso de las decisiones de la autoridad y, de esta manera, sus cargas repartirlas con los otrora caracterizados como menores de edad y, por ende, inhibidos de equivaler a un adulto. Ocurre que, es obvio pero necesario aclararlo, la negociación dispensa la dependencia y supone a un otro capaz y en uso de sus capacidades, no ya alguien con discapacidad en la toma de decisiones, sino a quien se lo considera competente para estas cuestiones.

Cada vez quedan menos fronteras sociales entre adultos y niños / adolescentes: como bien señalara Postman (1994), debido a la reproducción ilimitada de la cultura de las pantallas, a todos se nos ha dado ver lo mismo, saber lo mismo, escuchar lo mismo, participar casi de lo mismo. Ya hemos visto: baja la edad de imputabilidad penal y baja la edad de mayoría de edad. Pero no solamente estas cuestiones legales; hay más. Como advertimos recientemente (Narodowski, 2011a), los tradicionales reductos adultos ya no están reservados a personas experimentadas y maduras, y el porno perdió todo su misterio y está a apenas a un clic de distancia de cualquiera al que le interese. La televisión de horario ilimitado acabó con las restricciones horarias para diferentes edades y los canales infantiles son accesibles a cualquier hora del día o de la noche.

Los modelos nucleares de identificación de nuestras sociedades ya no son centralmente adultos: ¿a quién le importa crecer? Al contrario, un adulto con fisonomía adolescente parece ser el ideal corporal de estos tiempos, mientras que el resto de los adultos parecen algo así como dinosaurios de una especie en vías de extinción.

No es que la adolescencia actual dure más que la de antes. Lo que ocurre es que ya casi no hay distinción entre adolescencia y adultez en un mundo en el que a pocos se les ocurre invocar su propia experiencia o su sabiduría de la vida como un valor positivo. Y los que impostan la fisonomía del sabios son denostados: al fin de cuentas aparecen como autoritarios imponentes de criterios pasados de moda. Impostores sancionados mayormente con el peso violento y brutal de la indiferencia.

¿Nos encaminamos hacia una época sin infancia y sin adolescencia? Posiblemente, aunque mejor sería hipotetizar que lo que ha estallado es el vínculo asimétrico entre adulto y niño que la modernidad había instalado como consecuencia de la caracterización de una minoría de edad... El sentimiento moderno de infancia —ya hemos visto— es histórico, y en tanto tal, susceptible de ser modificado por otras condiciones históricas en las que se desarrolla la vida social; eso no debería sorprender a nadie.

Sin embargo, una sospecha ronda alrededor de estas cuestiones. Durante décadas, la preocupación de psicólogos y educadores había sido liberar a los niños del yugo adulto; pedagogos y defensores de los derechos de la infancia criticaron con dureza al autoritarismo adulto y propusieron reformas educacionales que redimieran a los más chicos de la posición sumisa y subalterna a la que nuestra cultura occidental los condenara. En la actualidad, este posicionamiento crítico ha suministrado su estocada final: tanto se procuró la liberación de los niños del dominio adulto que, finalmente, los adultos han logrado liberarse de ellos.

Referencias biblio y cibergráficas

- Ariès, Philippe, 1986, "La infancia", *Revista de Educación*, núm. 281.
- Baquero, Ricardo, 2001, "La educabilidad bajo sospecha", *Cuaderno de Pedagogía Rosario*, año IV, núm. 9, pp. 71-85 [véase en: *Organización de Estados Iberoamericanos (OEI)*, [en línea], disponible en: http://www.oei.es/docentes/articulos/educabilidad_sospecha_baquero.pdf].
- Bell, Daniel, 1996, *The Cultural Contradictions of Capitalism*, New York, Basic Books.
- Chua, Amy, 2011, *Battle Hymn of the Tiger Mother*, New York, Penguin Press.
- D'Angelo Méndez, Estela y Piedad Pozo Luna, 2008, "Antiguos modelos para nuevas infancias. Un análisis para las prácticas educativas eventuales", *Cuadernos de Trabajo Social*, vol. 21.
- Foucault, Michel, 2009, "Clase del 5 de enero de 1983", en: *El gobierno de sí y de los otros*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Google Scholar, 2011, [en línea], disponible en: http://scholar.google.com.ar/scholar?cites=10239493176639298170&as_sdt=2005&sciodt=0,5&hl=es, consulta: 15 de marzo de 2011.
- Habermas, Jürgen, 1980, *Legitimation Crisis*, London, Heinemann.
- Hernández, José, 2008, *Martín Fierro*, Canto XV, Losada, Buenos Aires.
- Hobbes, Thomas, 1984, *Leviatán o la materia, forma y poder de una república eclesiástica y civil*, Madrid, Sarpe.
- Kant, Immanuel, 2001, "Contestación a la pregunta ¿Qué es la ilustración?", *Isegoría*, núm. 25.
- Marx, Karl y Frederick Engels, 1984, *Manifiesto del Partido Comunista*, Madrid, Sarpe.
- Mead, Margaret, 1977, *Cultura y compromiso: el mensaje de la nueva generación*, Barcelona, Granica.
- Narodowski, Mariano, 1994, *Infancia y poder. La conformación de la pedagogía moderna*, Buenos Aires, Aique.
- _, 1999, *Después de clase. Desencantos y desafíos de la escuela actual*, Buenos Aires, Noveduc.
- _, 2005, "Destinos de la infancia y de los educadores: hiper y desrealización", en: Germán Arellano Duque, coord., *La educación en tiempos débiles e inciertos*, Madrid, Antrophos, pp. 235-247.
- _, 2011a, "¿Adulto? No, gracias", *Síntesis Educativa*, 15 de febrero, [en línea], disponible en: http://sintesis-educativa.com.ar/index.php?option=com_content&view=article&id=227:adulto-no-gracias&catid=2:colaboraciones&Itemid=5
- _, 2011b, "Cuando la infancia era discapacidad", en: Alberto Crespo, comp., *Representaciones culturales de la discapacidad*, Buenos Aires, Letra Viva, en prensa.
- Narodowski, Mariano y Ricardo Baquero, 1994, "¿Existe la infancia? *Revista del Instituto de Investigaciones en Ciencias de la Educación*, núm. 11, pp. 61-66.
- Postman, Neill, 1994, *The Disappearance of Childhood*, New York, Vintage Books.
- Rushkoff, Douglas, 1999, *Playing the Future: What We can Learn from Digital Kids*, New York, Riverhead Books.
- Spock, Benjamin, 1946, *The Common Sense Book of Baby and Child Care*, New York, Duell, Sloan and Pearce.
- Snyders, George, 1981, *No es fácil amar a los hijos: reflexiones sobre uno de los más controvertidos temas de la pedagogía*, Barcelona, Gedisa.
- Teberosky, Ana, 1994, "Co-constructivismo y relaciones asimétricas", *Anuario de Psicología*, núm. 69, pp. 83-87 [véase en *Revistes Catalanes amb Accés Obert*, [en línea], disponible en: <http://www.raco.cat/index.php/AnuarioPsicologia/article/view/61313/88947>].
- Valsiner, Jaan, 1994, "Co-constructionism and development: a socio-historical tradition", *Anuario de Psicología*, núm. 69.
- Weber, Max, 1969, *Economía y sociedad*, México, Fondo de Cultura Económica.

Wilson, Adrian, 1980, "The infancy of the history of childhood: An appraisal of Philippe Ariès", *History and Theory*, vol. 20, núm. 2, pp. 132-153.

Winnicott, Donald Woods, 1960, "The theory of the parent-infant relationship", *The International Journal of Psychoanalysis*, núm. 41, pp. 585-595.

Referencia

Narodowski, Mariano, "No es fácil ser adulto. Asimetrías y equivalencias en las nuevas infancias y adolescencias", *Revista Educación y Pedagogía*, Medellín, Universidad de Antioquia, Facultad de Educación, vol. 23, núm. 60, mayo-agosto, 2011, pp. 101-114.

Original recibido: marzo 2011

Aceptado: abril 2011

Se autoriza la reproducción del artículo citando la fuente y los créditos de los autores.
